

## DIMENSIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LA BELLEZA DE LA MUJER DESDE LA PERSPECTIVA DE FLORA TRISTÁN

Asunción Valero Gancedo  
Universidad de Zaragoza

Pragmática y utópica, realista y romántica, internacionalista y feminista, mujer múltiple y singular, Flora Tristán es quizás el personaje más avanzado del socialismo utópico y la pionera en Francia del feminismo ideológico y militante.

La experiencia de la injusticia social que ha sufrido en su corta pero intensa vida -nace en 1803 y muere en 1844- será la fuente de su pensamiento y el impulso de su lucha constante para cambiar una organización social que mantiene en la ignorancia y la miseria a la clase obrera y que con sus leyes oprime a las mujeres, dejándolas sometidas a la voluntad de los hombres.

Flora, que ha nacido en el seno de una familia de la alta burguesía, ha padecido muy tempranamente las consecuencias de esta injusticia social que le ha privado del destino que por su nacimiento le estaría reservado.

En 1807 muere su padre, don Mariano Tristán de Moscoso, perteneciente a una opulenta familia peruana. Sin haber hecho testamento y sin haber oficializado su matrimonio civil, la muerte de don Mariano deja a la familia en la ruina y a Flora en situación de hija ilegítima.

A los diecisiete años Flora, que tiene un sentido innato de la estética, se emplea como colorista en el taller del artista grabador André Chazal. La gran belleza de Flora y sus maneras distinguidas seducen al grabador, que la pide en matrimonio a su madre, la cual ve así una salida a su situación económica. Las diferentes personalidades de la pareja hacen que los problemas surjan inmediatamente, al punto que Flora, embarazada de su tercera hija, Aline, abandona el hogar. Esta acción la sitúa en condición de *paria*, según la califica su tío materno, para quien la mujer que abandona su hogar no tiene lugar en la sociedad. A partir de este momento, Flora se reconocerá como *paria*, haciendo de esta calificación su título de identidad.

Durante los cinco años que dura su separación Flora, al tiempo que trabaja para mantener a sus hijos, despliega una intensa actividad intelectual. Frecuenta círculos literarios, conoce a Prosper Enfantin, a los socialistas utópicos, escribe artículos de prensa y es un personaje muy conocido en París. En 1826 hace su primer viaje a Inglaterra, al que seguirán otros tres de los que surgirán *Paseos por Londres*. En 1828, de vuelta a París, obtiene la separación de cuerpos con Chazal y empiezan los problemas por la custodia de los hijos, hasta el punto de que, en 1833, Chazal intenta asesinarla, resultando Flora gravemente herida. Chazal es condenado a veinte años de prisión, y Flora se entrega de lleno a lo que ya será la tarea de toda su vida: la defensa de las mujeres y de los proletarios. Así, a través de su propia experiencia y de la observación y el análisis de la realidad, Flora ha constatado que, como consecuencia de la injusticia de la organización social, la humanidad está dividida en explotadores y explotados y que “la mujer es esclava en todas partes” (Tristán, 1979: 9). Para lograr la transformación de esta situación, Flora considera que, a la denuncia constante de la injusticia hay que añadir la acción pacífica pero firme de los propios explotados, pues nada pueden esperar de los que les oprimen.

Dentro del contexto global de su pensamiento, Flora Tristán, que estudia todas y cada una de las causas de la desigualdad social, deduce que la injusticia no solamente provoca la degradación moral de los pobres, sino que es causa asimismo de su destrucción física. El concepto

de belleza no es por tanto, para Flora Tristán, un factor exclusivamente estético, sino que constituye además el signo visual de la discriminación que produce la miseria.

Personalmente, Flora es una mujer de gran belleza que, junto a sus delicadas y firmes maneras, impresiona a cuantos la tratan. El retrato que de ella hace el periódico "Le Droit", durante el juicio de Chazal, resalta sus rasgos exóticos y su personalidad apasionada: "Viste con elegancia, su sombrero de terciopelo verde adornado con una gasa negra, encuadra perfectamente su rostro, en el que destacan la regularidad y la delicadeza de sus rasgos. Su bonita nariz griega, sus hermosos cabellos negros, sus ojos expresivos, su tez de española, atraen agradablemente la atención" (Desanti, 1972: 177). El periodista Jules Janin, que la describe como "bellísima", resaltará igualmente su "larga cabellera negra, sus mejillas ardientes y la blancura y perfección de sus dientes" (Desanti, 1972: 181). Jules Janin, describiendo asimismo su aspecto exterior, "graciosa compostura, firmeza en el andar, austeridad en el vestir" (Desanti, 1972: 181), nos revela la delicadeza y el equilibrio moral de su personalidad. Janin completa su descripción con un comentario que demuestra cómo para Flora la belleza no es considerada como arma tradicional femenina de seducción: "Aún siendo muy joven se comprendía enseguida que no le preocupaba gustar, como tampoco que la encontraran hermosa, que, para ella, esto era un sentimiento olvidado o despreciado" (Desanti, 1972: 181). De hecho, Flora sentirá que su belleza es un obstáculo en su situación de mujer sola, "desde los veintiún años, vivo sola y tengo la enorme desgracia de ser una mujer hermosa [...] estoy por tanto acostumbrada a sufrir este inconveniente en una sociedad viciada" (Tristán, 1980: 183).

Flora es una mujer de gran sensibilidad, con gran sentido estético que siempre admirará la belleza allí donde se encuentre: "¿[...] quién podrá explicarme el mágico imperio de la belleza?", se pregunta Flora y continúa: "la belleza en cualquier forma que se muestre, aérea, visible o palpable, penetra todo mi ser con su dulce influencia [...] Y en presencia de la belleza, de esa sonrisa de los dioses, mi alma se eleva hacia los cielos" (Tristán, 1972: 367). Así, en todos sus escritos Flora Tristán hace una detalladísima descripción de todo cuanto ve: paisajes, ciudades, edificios, animales, personas e indumentarias, completando sus descripciones con reflexiones sobre la belleza y la fealdad, a través de las cuales deduce que ambas constituyen un factor más de la desigualdad entre la clase explotadora y la masa explotada.

Pero si la belleza en sí no ha sido objeto de un estudio individualizado por parte de Flora Tristán, la oposición belleza-fealdad se mantendrá a lo largo de toda su vida, sin más matizaciones que las propias de la evolución de su pensamiento. Vemos así cómo en sus primeros escritos, Flora es más sensible a la belleza física, mientras que a medida que va avanzando en el conocimiento de la realidad, va a centrar más su atención en la expresión y la gestualidad que, desde su perspectiva, son reveladoras de la ideología y de la situación social de las personas que describe. Cronológicamente, esta evolución de su concepto de belleza aparece en tres de sus obras: *Peregrinaciones de una paria*, *Paseos por Londres* y *El Tour de Francia*.

Ciñéndonos exclusivamente al ámbito de las mujeres, encontramos cómo en su viaje a Perú, durante el cual se iniciará el proceso de evolución y consolidación de su pensamiento, la atención de esta "viajera observadora" (Tristán, 1972: 54) va a centrarse tanto en las fisionomías como en las indumentarias, las cuales, en su interpretación, actúan como complemento de la belleza o como identificación social y personal de la mujer, objeto de su descripción.

Así, al llegar a Valparaíso, Flora observa que "las chilenas son tiesas, hablan poco, ostentan lujo en la toilette, pero su manera de vestir carece de gusto" (Tristán, 1972: 109). Esto estaría en consonancia con su posición en la sociedad, ya que, según dice a continuación son "excelentes amas de casa, laboriosas y sedentarias" (Tristán, 1972: 109). Concluye Flora que ésta

es la razón por la que los europeos que llegan a Chile se casen allí, lo que no sucede en Perú, donde, según veremos más adelante, las mujeres gozan de gran libertad.

En Arequipa, Flora se recrea en la descripción pormenorizada del físico y las vestimentas de las mujeres de su familia, aunque no por ello deje de analizar la frustración intelectual que como mujeres han tenido que sufrir, y que las ha relegado a un segundo plano en la sociedad peruana.

Vemos en primer lugar a Joaquina Flores, esposa de su tío don Pío de Tristán, “la más hermosa de toda la familia” (Tristán, 1972: 220), a pesar de que sus once partos hayan marchitado su belleza esplendorosa. Pero Joaquina no logra suscitar la simpatía de Flora, la cual, desde el primer momento, percibe la personalidad hipócrita y egoísta de su tía en la desarmonía que existe entre su “graciosa sonrisa” (Tristán, 1972: 221) y su mirada, ya que para Flora la mirada constituye “la manifestación del alma” (Tristán, 1973: 120). Joaquina, que tiene un gran talento y ambiciones políticas, debe adoptar las características pretendidamente femeninas de modestia, ignorancia y devoción para “acercarse a los partidarios de los que se disputan el poder” (Tristán, 1972: 220). Con la “extrema sencillez de sus vestidos”, Joaquina visualiza su imagen hogareña de esposa y madre, obligada como mujer a disimular ante la sociedad su vocación política. Así lo reconoce Flora cuando afirma que “si esta mujer se hubiese encontrado en una situación adecuada a sus capacidades, habría sido uno de los personajes más notables de la época” (Tristán, 1972: 220).

A través del caso de la prima de Flora, doña Carmen Piérola, a la que el azar, haciéndola víctima de la viruela, ha marcado para siempre con el estigma de la fealdad, vemos cómo la belleza constituye un elemento más de discriminación para la mujer. Privada del reconocimiento social de sus facultades intelectuales, a la mujer se le ha impuesto el factor aleatorio de la belleza como esencia inherente a su personalidad y, por tanto, soporte de su afirmación como persona. El sufrimiento que causó a doña Carmen su desgraciado matrimonio con un apuesto y libertino primo de Flora, que sólo pretendía conseguir la dote de su mujer, así como las constantes humillaciones a las que la sometió, eran justificados por una sociedad para quien, “la fealdad de la mujer y la hermosura del marido eran razones suficientes para justificar la expoliación de su fortuna y los continuos ultrajes de que era víctima” (Tristán, 1972: 158).

La única compensación a la discriminación de su fealdad son sus lindos pies “no sólo los más lindos de Arequipa, sino quizá de todo el Perú” (Tristán, 1972: 157) y que doña Carmen calzaba primorosamente, luciéndolos con el orgullo que le confería el último rasgo de su belleza perdida.

La prueba de que la belleza es una convención social exclusivamente atribuida a la mujer lo constituyen las “rabonas” indias de los ejércitos de América del Sur. Estas mujeres de fuerza sobrehumana, que luchan con fiereza para obtener víveres al tiempo que cuidan de sus hijos, que soportan con más energía que los hombres los riesgos y las fatigas de las campañas, destruyen todos los tópicos que secularmente han marginado a la mujer, incluido el de la belleza. Vestidas con “una corta falda y una piel de cordero” (Tristán, 1972: 277), sometidas a todas las inclemencias, son “lo más alejado a cualquier ideal de belleza” (Tristán, 1972: 276). A las rabonas “no les importa nada su aspecto exterior” (Tristán, 1972: 277) para vivir al libre arbitrio de su voluntad. Las rabonas “no pertenecen a nadie y son de quien ellas quieren ser” (Tristán, 1972: 276).

Más tarde, en Lima, Flora queda fascinada por el encanto de las limeñas, las cuales sin ser hermosas, seducen tanto por el magnetismo de su mirada, como por lo peculiar de su vestimenta, compuesta por la saya y el manto. Cubiertas enteramente por las sedas de este manto, que no deja

ver sino un ojo, las limeñas gozan del privilegio de una libertad que se les negaría si mostrasen su rostro al descubierto. Esta libertad disfrazada permite a la limeña ser siempre “ella” (Tristán, 1972: 395), libre de la opresión de las convenciones sociales. Pero Flora Tristán, que admira la belleza en todas sus formas, no sucumbe al encanto de la belleza por la belleza, ya que considera que “la belleza impresiona los sentidos, pero son las inspiraciones del alma, la fuerza moral y los talentos del espíritu los que prolongan la duración de su reinado” (Tristán, 1972: 392). De forma que las hermosas limeñas que “no han puesto ningún ideal elevado en su vida [cuando] llegan a mostrarse tal como son, con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando sólo del dinero [...] destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos produjeron” (Tristán, 1972: 392).

Finalmente, la presidenta doña Pancha Gamarra de Orbegozo, mujer singular, doble femenino del patriarca latinoamericano, y que por su carácter parecía estar llamada a continuar la obra de Bolívar, “si su calidad de mujer no hubiese sido un obstáculo” (Tristán, 1972: 427), según constata Flora una vez más, es una mujer hermosa y muy graciosa, y que, a pesar de su enorme poder, tiene que someterse igualmente a su “calidad de mujer” y utilizar su belleza como aliada de su acción política, según ella misma le confía a Flora: “He debido, para suplir la debilidad de nuestro sexo, conservar mis atractivos y servirme de ellos para armar, según las necesidades, el brazo de los hombres” (Tristán, 1972: 419).

Cuando en 1840 Flora Tristán publica sus *Paseos por Londres*, pasados ya cinco años desde su vuelta del Perú, la constatación de la realidad ha radicalizado su pensamiento, de forma que la belleza va siendo desplazada del centro de su atención estética, quedando únicamente como prueba evidente de la discriminación que la injusticia social establece entre las clases. Constatamos así cómo en el capítulo dedicado a las mujeres inglesas no hace ni una sola referencia a su físico, centrandose únicamente su crítica sobre el sistema educativo y social que sufren las mujeres de la burguesía.

No ocurre así cuando Flora se ocupa de las mujeres de los sectores marginales, tanto en *Paseos por Londres* como en *El Tour de Francia*. Las presas de Newgate y Coldbath, las prostitutas de las calles de Londres, las obreras de las fábricas de seda en Lyon, las lavanderas de Nîmes, tendrán todas, como rasgo común de la miseria y de la explotación, la fealdad, el embrutecimiento de la expresión y la deformidad corporal.

Si la belleza se constituye así, en la perspectiva de Flora Tristán, en la plasmación visual que divide a los explotadores de los explotados, aplicada a la “raza mujer” (Tristán, 1986: 188), la belleza identificaría a la “graciosa muñequita” (Tristán, 1986: 191) burguesa, educada para ser “la esclava del hombre y servirle” (Tristán, 1986: 191), mientras que la fealdad sería patrimonio de la clase de los parias, en la que “las mujeres son las últimas esclavas que quedan en la sociedad francesa” (Tristán, 1986: 212), reducidas a la condición de proletaria del proletario.

Flora Tristán muere a los cuarenta y un años, cuando estaba dedicada plenamente a la tarea inmensa de constituir la “Unión universal de los obreros y de las obreras”, único medio, que adelantándose al socialismo científico, Flora preconizaba para conseguir la liberación de “todos” y “todas”. Sírvannos las palabras de su nieto Paul Gauguin para resumir en un esbozo su retrato y su vida entregada a la justicia:

Mi abuela se llamaba Flora Tristán. Proudhon decía que era un genio. No sabiendo nada de ella, me fio de Proudhon. [...] Lo que puedo asegurar es que era una bellísima y noble dama. [...] Sé también que dedicó toda su fortuna a la clase obrera, viajando sin cesar. [...] Murió en 1844. Muchas delegaciones asistieron a su entierro. (Gauguin, 1903: en Tristán, 1972: 467)

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DESANTI, Dominique (1980). *La femme révoltée*. París: Hachette.

GAUGUIN, Paul (1903). “Avant et après”. En Tristán, Flora (1972). *Peregrinaciones de una paria*.

TRISTÁN, Flora (1972). *Peregrinaciones de una paria*. Madrid: Ediciones Istmo y José M<sup>a</sup>. Gómez-Tabanera. Trad. E. Romero del Valle (1941). Lima: corregida, revisada y establecida ante las ediciones francesas por José M<sup>a</sup>. Gómez-Tabanera. Madrid, 1986.

TRISTÁN, Flora (1973). *Le Tour de France*. París: Editions Tête de Feuilles. Collection Archives et Documents.

TRISTÁN, Flora (1978). *Promenades dans Londres*. París: Librairie François Maspero. Collection du Centre d'Histoire du Syndicalisme.

TRISTÁN, Flora (1986). *Union ouvrière*. París: Editions des femmes.

TRISTÁN, Flora (1980). *Lettres réunies, présentées et annotées par Stéphane Michaud*. París: Editions du Seuil.

Nota: La traducción de citas, salvo la ya indicada, ha sido hecha por mí.